

EL MONACATO EN EL MUNDO DE HOY

En todas partes por donde ahora viajo observo cierta depresión en los religiosos y religiosas, algo así como un sentimiento de frustración delante de obstáculos que parecen insuperables. Algunos se sienten desorientados, debido a la formación rígida y cerrada que recibieron y que no permite el necesario desarrollo posconciliar. Otros se sienten desilusionados, porque esperaban después del Concilio un verdadero y profundo cambio en sus institutos, y, por el contrario, ven una especie de satisfacción por el estado actual, o también miedo e inseguridad delante de cualquier renovación. Muchos del 2º grupo ya pidieron dispensa de los votos y buscan otra forma de vida cristiana.

Otros permanecen en los Institutos tradicionales con la esperanza de que el Espíritu renueve poco a poco los corazones e ilumine las mentes de los miembros, a través de los sufrimientos que provienen de la lucha interminable emprendida para acertar con el camino. Además, los religiosos muchas veces se sienten mal comprendidos por las autoridades que deberían apoyarlos y animarlos en sus búsquedas. La posición de los religiosos en la Iglesia, hoy no es apreciada por muchos. Todo eso provoca un malestar que, si miramos las cosas con realismo, no lo podemos negar.

El futuro de muchos institutos religiosos se presenta dudoso. No soy en absoluto pesimista, pero sería un ingenuo, si no presentase las cosas como son. Veo, al mismo tiempo, muchas señales de una verdadera renovación que el Espíritu obra en la Iglesia y particularmente entre los religiosos, aunque esa renovación no tome formas siempre claras y tampoco llame la atención de la opinión pública.

La vida religiosa en la Iglesia no ha muerto, pero está, a pesar de sí misma, transformándose en formas nuevas. Por eso sería útil, en el comienzo de estos días de reunión, interrogarnos sobre el estado actual de la renovación del monacato benedictino. Me parece que es ésta mi función y mi contribución a esta reunión.

Ante todo, les digo francamente, también nosotros tenemos un número bastante elevado de monjes y monjas profundamente intranquilos a causa de los cambios en el mundo y en la Iglesia, los cuales se sienten desorientados e inseguros. Tal vez, a causa de una formación muy cerrada y bajo la constante protección de la clausura, generamos un número demasiado elevado de personas de esta categoría. Cualquier cambio, aún pequeño y externo, puede causar un estado de inseguridad psicológica en muchos miembros de nuestras comunidades.

En casi todas las comunidades hay un pequeño grupo de este tipo que, generalmente hace bastante ruido; de ahí resulta que cualquier disensión libre, casi parece un obstáculo en la comunidad. Hemos tenido un número de monjes, hermanas y monjas que, ante tal situación, piden dispensa de los votos.

No tenemos, por eso, ninguna razón para enorgullecernos; el período posconciliar nos encontró mal preparados para enfrentar los problemas de hoy. Estamos delante de un considerable número de monjes inmaduros que buscan un refugio de seguridad ante un mundo en continua evolución. Tuvimos también un alto porcentaje de dispensas, motivadas por descontentos y confusión en cuanto a la función del monje, hoy, en la Iglesia.

Dado que la renovación se hace a nivel de las diferentes Congregaciones, es difícil hablar en general de “aggiornamento” en la Orden y del estado actual de la situación. Veo esas dificultades; sin

¹ Abad Primado OSB. Tradujo: Madre Mectildis C. Santangelo, osb. Abadesa de Santa Escolástica (Buenos Aires – Victoria).

embargo, creo que es útil tentar tal descripción, a pesar de que en cada congregación y en cada monasterio de cada congregación, la situación sea diferente.

El 2º párrafo del documento conciliar sobre la vida religiosa, “*Perfectae caritatis*”, indica el proceso para la renovación de nuestra vida: “La adecuada renovación de la vida religiosa comprende, a la vez, un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos y una adaptación de éstos a las cambiadas condiciones de los tiempos”.

Esta fórmula, en un primer momento, parecía fácil, la aplicación, sin embargo, no era tan simple como la experiencia nos enseñó.

Por una razón que no puedo explicar, muchos comenzaron a omitir el 1º elemento de la fórmula: “el retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana”, es decir, al Evangelio. Entre los 3 elementos de la fórmula (1º el retorno a las fuentes de toda vida cristiana, 2º el retorno a la primigenia inspiración de los institutos, 3º la adaptación de éstos a las cambiadas condiciones de los tiempos), el 1º es ciertamente, el elemento más importante.

Infelizmente debemos confesar que, entre nosotros, hasta ahora, poco trabajo habla sido realizado para reexaminar las bases evangélicas de nuestra vida monástica. Debido a nuestra tradición de espiritualidad bíblica, esperábamos mucho más en este sector. Si nuestra vida no posee una base evangélica clara, el futuro será siempre incierto. Tal vez porque tuvimos que emplear nuestras energías y fuerzas en la lucha por la igualdad de todos los miembros de la comunidad y también por una liturgia renovada, descuidamos este aspecto que sólo ahora enfrentamos.

Tal vez, hayamos discutido demasiado sobre las transformaciones externas sin llegar a la raíz.

Doy aquí rápidamente una lista de los elementos de nuestra vida que piden una mayor reflexión a la luz del Evangelio.

1) *Nuestro concepto de comunidad.* Este concepto debe estar basado sobre un principio de caridad fraterna en Cristo y no en un aislamiento egoísta ni en un sentimentalismo psicológico.

2) *Una vida de virginidad y celibato* ¿Qué significa esto a la luz del Evangelio, de nuestra relación con Cristo, con los cohermanos, con el mundo?

Cada día me convenzo más de que, para nosotros, religiosos, esta pregunta será la más importante de los años que seguirán. Si el celibato no es un elemento positivo, que encuentra su desarrollo en un amor más pleno por Cristo y por el prójimo, si solamente es tolerado como condición para vivir juntos o realizar algún trabajo, no podrá durar mucho.

3) *El concepto bíblico de desapego exigido a todo cristiano y la pobreza que de él resulta.* Debemos aún desarrollar las modalidades por medio de las cuales este concepto nos permita compartir con los otros, todo aquello que tenemos y somos, así como también liberarnos para los otros y para Cristo. Espero que ustedes, que son tan sensibles a este aspecto de nuestra vocación, puedan contribuir con una búsqueda más profunda de las bases Evangélicas de la pobreza monástica.

4) *El concepto de obediencia* mirado como extensión de la misión de Cristo haciendo la voluntad del Padre, Mucho hay aún por realizar hasta sacar todas las consecuencias de esa obediencia a la misión, a la vocación que recibimos como participación al trabajo de Cristo cumpliendo la voluntad del Padre.

Otros asuntos se refieren al ascetismo, a la oración y, especialmente a nuestra actitud para con el mundo.

He citado pocos elementos, pero me parecen suficientes para señalar un enorme trabajo por realizar aún respecto del primer elemento de la fórmula de renovación. Si este 1^{er} elemento no fuera siempre evidente, existe el peligro de no ver el monacato en su aspecto eclesial. Siempre se corre el riesgo de examinar los mínimos detalles con el microscopio, perdiendo de vista la relación con el todo, en nuestro caso, con la misión total de Cristo. Todo carisma, y *a fortiori* el monástico, debe tener como referencia, la Iglesia.

El 2º elemento de la fórmula, el retorno a las fuentes primigenias del instituto, esta lleno de dificultades. Generalmente, la primitiva inspiración estuvo muy condicionada por las necesidades del momento histórico y por la cultura de la época en la que el Instituto fue fundado; por eso, no es fácil aislarla sin peligro de hacer desmoronar el conjunto. Tampoco se puede afirmar que toda la historia sucesiva de un instituto haya sido un apartamiento de la primigenia inspiración. Muchas veces fue un enriquecimiento que no debe perderse. Por eso, es difícil valorizar este elemento, y cada grupo religioso debe hacerlo con criterios algo diferentes. Para nosotros, monjes, la *Regla* de san Benito tiene una significación diferente de las Reglas de las Congregaciones modernas. San Benito no fundaba un instituto religioso, una congregación religiosa, sino que, tomaba un fenómeno ya existente, ya floreciente en la Iglesia y le daba una fisonomía particular; pero no era él el inspirador de este fenómeno. Por eso, debe verse la *Regla* como fruto de una tradición ya existente. La *Regla* era una codificación viva. La contribución de san Benito a esa tradición es inmensa, y selló toda la historia sucesiva del monacato occidental; sin embargo la *Regla* no es de suyo un documento completo, y nunca podrá serlo, porque no menciona muchas cosas como si ya fuesen presupuestas, y en la interpretación, se basa sobre la tradición viva, verificada especialmente en los “seniores”, en la “pars sanior”, en todos los miembros de la comunidad, incluso en los más jóvenes, y, de modo particular, en el abad.

La *Regla* no es, por tanto, un documento cerrado sino una partitura sobre la cual la orquesta debe improvisar bajo la dirección de un Maestro. Presupone entonces, una continua inspiración y crecimiento.

Hoy, nos sentimos felices, por tener historiadores que se empeñan en esclarecer la posición de San Benito y de la *Regla* dentro del movimiento total del monacato.

Los recientes estudios sobre la *Regla* comienzan a colocar sobre una base científica la interpretación literal de la *Regla*. Así como en los estudios bíblicos se debe comenzar por esas bases, también en el estudio de la *Regla*. Las investigaciones sobre otras manifestaciones monásticas en el Medio Oriente, nos dan una perspectiva más amplia del papel de san Benito.

Sin embargo, no se puede decir que todo el desarrollo monástico posterior a san Benito, haya sido una desviación de la *Regla*, pero se percibe que este desarrollo medieval, como también la reforma del siglo pasado, no agotan todas las posibilidades.

Estos estudios nos ayudan a juzgar mejor lo que heredamos y a ver que la tradición monástica es aún más vasta de lo que pensamos. Al mismo tiempo nos ayudan a redescubrir los elementos más esenciales de la tradición.

Perfectae caritatis, hablando sobre la vida monástica, prefirió, por eso, describir varios momentos históricos de la tradición monástica, en vez de dar una definición. De estos estudios históricos, los valores evangélicos, -que permanecen, de una u otra manera, constantes en la historia monástica, aunque el estilo de vida se diferencia según la cultura y el lugar- deberían aparecer con mayor claridad. El valor de los estudios sobre el monacato pre-benedictino y sobre la *Regla*, se encuentra en el hecho de que él mismo revela la vida monástica en su aspecto más puro y auténtico bajo cualquier punto de vista. De cualquier manera, podemos alegrarnos de que estos trabajos se realicen aunque no nos presenten un cuadro totalmente completo.

El 3er. elemento de la fórmula de “aggiornamento” entra en juego en este momento: la adaptación a las nuevas condiciones de la época. Infelizmente, muchas veces los historiadores no son hombres más cercanos a la tradición viva del monacato de hoy. Viven a menudo en un mundo irreal, o exageran algún detalle o tendencia histórica conforme a su propio gusto o a sus descubrimientos. Me parece que esa adaptación al tiempo actual debe incluir el concepto de presencia del Espíritu Santo también en los miembros de la Iglesia de hoy. Por eso, no deja de ser valedero el conocer cómo los monjes de hoy sienten su vocación. Muchas veces estos sentimientos son más bien instintivos y no se expresan claramente, pero son reales y deben ser tenidos en consideración. “Perfectae Caritatis” exige sabiamente para el “aggiornamento” de la vida religiosa, que todos sean escuchados. Esto no es una concesión a la democracia, sino la realización del principio de que el Espíritu Santo obra en todos y a favor de todos.

Nuestra tarea, entonces, es bastante complicada. Además de saber cuáles son los orígenes de la Tradición monástica y su manifestación histórica, debemos analizar también los deseos, los ideales de los monjes de hoy, es decir, los de la “*pars sanior*”, los de aquellos que buscan verdaderamente a Dios, como dice san Benito.

En cuanto a este 3er. elemento de la fórmula de “aggiornamento”, algunas congregaciones hicieron un valiente trabajo en el análisis de la situación actual. Sin embargo, no creo que hayamos llegado ya a una visión clara. Existe, como siempre, una tendencia a liberarse del pasado más reciente; existe también una reacción contra muchos aspectos del monacato heredado que nos parecen embarazosos y sin significación, triunfalistas o forzados. Pero permanece el problema de crear un nuevo Destilo de vida que permita vivir hoy los valores monásticos evangélicos, que son parte esencial de nuestra vocación. Semejante confusión apareció en escena, tal vez, porque no hemos puesto con bastante evidencia esos *valores monásticos* que caracterizan nuestra vida. Por ejemplo, el celibato. Si el celibato es un elemento esencial de nuestra vida ¿cómo podremos vivirlo de manera de no cerrarnos en una total esterilidad afectiva? Al mismo tiempo ¿cómo encontrar en nuestra oración, en nuestras relaciones humanas, en nuestro trabajo, en nuestra creatividad, una manera pro funda y cristiana de usar toda esa energía?

Estoy contento de que el próximo Congreso de Abades tenga la intención de tratar como tema la experiencia de Dios en el contexto monástico de hoy, porque es una búsqueda positiva que toca la esencia de nuestra vida: “*quaerere Deum*”.

Todos los medios citados en la descripción de la vida monástica: celibato, oración particular o común, vida comunitaria, acogimiento de la Palabra y meditación del Evangelio, todos, digo, apuntan al mismo fin: buscar la presencia de Dios y la significación de su Reino hoy para nosotros, a fin de que podamos participar de manera digna de la misión de Cristo.

Quisiera acrecentar a este 3^{er} elemento un aspecto que no podemos omitir: ¿qué esperan los hombres de nosotros? Veo que en el cuestionario enviado antes de la reunión, se encuentran estas u otras preguntas semejantes. Muchos respondieron que la vida monástica es casi desconocida aquí en la región de ustedes.

Puedo asegurarles que eso mismo se verifica por todas partes hoy, en el Tercer Mundo donde el monacato fue implantado recientemente. Sin embargo, puede ser una ventaja para ustedes. Una de las dificultades en Europa es, muchas veces, la imagen que un monasterio ya adquirió y las presiones por parte del clero y de los laicos que exigen del monasterio lo que éste ya no está en condiciones de dar, o también que lo identifica aun nivel social particular, o a una manifestación cultural ya superada.

Lo que los hombres deben esperar siempre de nosotros, es que seamos personas que los ayuden a descubrir la presencia de Dios irradiando de nuestras vidas profundamente cristianas.

En fin, aunque en nuestro “aggiornamento” hayamos realizado formas culturales que hoy no nos ayudan a vivir los valores monásticos de una manera auténtica, sincera y simple, no niego que muchas

veces nos hayamos confundido: rechazando ciertas formas o estilos de vida, hemos dado la impresión de rechazar también los valores monásticos que aquellos expresaban. No hemos terminado aún la búsqueda positiva de un nuevo estilo de vida. Reflexionando sobre estos valores y haciéndolos profundamente nuestros, crearemos ese nuevo estilo de vida.

Por eso, el futuro lo veo en la búsqueda de estos valores monásticos con su base evangélica, con un estilo de vida que los revele al hombre del siglo XX. Tal búsqueda de Dios y de la significación de su Palabra, de su intervención en la historia humana, es deber de cada cristiano, los medios específicos de los monjes se resumen en una vida simple, pobre, celibataria, vivida en comunión con los otros hombres, todos orientados hacia la misma búsqueda, vi vida en el continuo acogimiento de la Palabra, en continua oración independencia y liberación de las inutilidades que ocupan excesivo espacio, producidos por el ansia de los bienes y del bienestar.

He aquí, en dos palabras, el programa de nuestro futuro. Tengo la certeza que los diálogos de estos días ayudaran a cada uno a descubrir nuevos aspectos de estos valores y a ver cómo vivirlos con mayor intensidad.

*Collegio S. Anselmo
Piazza Cavalieri di Malta, 5
00153 - Roma - Italia*